



[En el otoño de 1906 el Partido Social Demócrata alemán creó una escuela partidaria en Berlín. El objetivo era dar a treinta estudiantes elegidos anualmente por el partido y los sindicatos un curso intensivo de seis meses sobre historia del socialismo, economía, sindicalismo y muchos temas más. En el primer año no se le pidió a Rosa Luxemburgo que enseñara pero en el otoño de 1907, cuando la policía alemana ordenó a dos de los profesores, que no eran ciudadanos alemanes, que cesaran sus actividades docentes. Rosa se hizo cargo del curso de economía. Desde 1907 hasta que la escuela cerró durante la Primera Guerra Mundial sus actividades docentes ocuparon buena parte de su tiempo y fueron muy bien aceptadas.

[Por todos los informes que tenemos, sabemos que fue una profesora excepcional, y la lectura de “¿Qué es la economía?” nos da una idea de por qué sus clases gozaban de tanta popularidad. Cualquier estudiante que haya padecido un curso de economía y tratado de comprender las explicaciones secas, aburridas e intencionadamente oscuras de los profesores del tipo que Rosa Luxemburgo ridiculiza, deseará haber podido asistir a sus clases. [Durante muchos años trabajo en reunir sus conferencias en una exhaustiva introducción a la economía. Utilizó buena parte de su tiempo libre entre 1907 y 1912 trabajando en ese proyecto, rechazando más de una invitación para hablar en público a fin de tener más tiempo para trabajar. Recién durante su encarcelamiento, en la Primera Guerra Mundial, pudo pulir algunos capítulos para la publicación, entre ellos el primero, que aquí reproducimos.

[El libro iba a constar de diez capítulos, pero cuando sus partidarios trataron de reunidos después de su muerte tan sólo hallaron seis. El resto fue destruido probablemente cuando las tropas revolucionarias saquearon su casa, después de asesinarla. Paul Levi⁷³ publicó el manuscrito incompleto en los años 20, pero se lo acusa de alterar el original. El gobierno de Alemania Oriental publicó una segunda versión, supuestamente basada en el manuscrito original, en 1951.

⁷³ **Paul Levi** (1883-1930): socialdemócrata alemán. Conocido abogado defensor, amigo de Rosa Luxemburgo; miembro de la Liga Espartaco y luego del Partido Comunista Alemán. En 1922 rompió con el PC y volvió al PSD.

[Esta es una versión reducida del primer capítulo. Se omiten algunas partes referentes a una polémica sobre la naturaleza de la economía contemporánea como entidad internacional antes que “nacional”.]

I

La economía es una ciencia muy particular. Los problemas y las controversias aparecen apenas se da el primer paso en esta rama del conocimiento, apenas se plantea la pregunta fundamental: de qué trata esta ciencia. El obrero común, que tiene sólo una idea muy vaga de qué es la economía, atribuirá su falta de conocimiento a una deficiencia en su educación general. Pero en cierto sentido comparte su perplejidad con muchos estudiosos y profesores eruditos, que escriben obras de muchos tomos sobre el tema de la economía y dictan cursos de economía a los estudiantes universitarios. Parece increíble, pero es cierto: la mayoría de los profesores de economía tienen una idea muy nebulosa del contenido real de su erudición.

Puesto que es común que estos profesores galardonados con títulos y honores académicos trabajen con definiciones, es decir, que traten de expresar la esencia de los fenómenos más complejos en unas cuantas frases prolijamente elaboradas, hagamos un experimento, tratemos de aprender de un representante de la economía burguesa oficial de qué trata esta ciencia. Consultemos en primer lugar al decano del mundo académico alemán, autor de una inmensa cantidad de mamotretos sobre economía, el fundador de la llamada escuela histórica de la economía. Wilhelm Roscher.⁷⁴ En su primera gran obra, titulada *Principios de economía política, manual y texto para hombres de negocios y estudiantes*, publicada en 1854, pero que ha conocido desde entonces veintitrés ediciones, leemos en el capítulo 2, párrafo 16: “Por ciencia de la economía nacional o política entendemos aquella ciencia que trata de las leyes del desarrollo de la economía de una nación, o de su vida económica nacional (filosofía de la historia de la economía política, según von Mangoldt). Al igual que todas las ciencias políticas, o ciencias de la vida nacional, estudia, por una parte, al hombre individual y por la otra extiende su campo de investigación al conjunto de la humanidad.” (p. 87.)

¿Comprenden ahora los “hombres de negocios y estudiantes” qué es la economía? Pues, la economía es la ciencia que estudia la vida económica. ¿Qué son los anteojos de

⁷⁴ **Wilhelm Georg F. Roscher** (1817-1894): economista alemán, fundador de la escuela histórica de la economía política.

carey? Anteojos con marco de carey, desde luego. ¿Qué es un asno de carga? Pues, ¡un asno con una carga sobre su lomo! En realidad, éste es un buen método para enseñarles a los niños el significado de las palabras más complejas. Es de lamentar, sin embargo, que si no se entiende el significado de las palabras de nada servirá que éstas se ordenen de tal o cual manera.

Consultemos ahora a otro estudioso alemán, actualmente catedrático de economía en la Universidad de Berlín, verdadera luminaria de la ciencia oficial, famoso “a lo largo y a lo ancho del país” —como se suele decir—, el profesor Schmoller.⁷⁵ En un artículo sobre economía publicado en el gran compendio de los profesores alemanes, el *Diccionario manual de las ciencias políticas*, de los profesores Konrad y Lexis, Schmoller nos da la siguiente respuesta:

“Yo diría que es la ciencia que describe, define y dilucida las causas de los fenómenos económicos, y los aprehende en sus interrelaciones. Ello supone, desde luego, que empecemos por definir correctamente a la economía. En el centro de esta ciencia debemos colocar las formas típicas, que se repiten en todos los pueblos civilizados modernos, de división y organización del trabajo, del comercio, de la distribución de los ingresos, de las instituciones socioeconómicas que, apoyadas por cierto tipo de leyes privadas y públicas y dominadas por fuerzas síquicas parecidas o similares, generan relaciones de fuerzas parecidas o similares, cuya descripción nos daría las estadísticas del mundo civilizado contemporáneo: una especie de cuadro de situación de éste. A partir de allí, la ciencia ha intentado discernir las diferencias entre las distintas economías nacionales, una en comparación con las demás, los distintos tipos de organización aquí y en otras partes; se ha preguntado en qué relación y con qué secuencia aparecen las distintas formas y ha llegado así a la concepción del desarrollo causal de estas formas distintas y la secuencia histórica de las circunstancias económicas. Y puesto que ha llegado, desde el comienzo mismo, a la afirmación de ideales mediante juicios de valor morales e históricos, ha mantenido esta función práctica, en cierta medida, hasta el presente. Además de la teoría, la economía siempre ha propagado principios prácticos para la vida cotidiana.”

¡Bueno! Respirar profundamente. ¿Cómo era eso? Instituciones socioeconómicas-ley pública y privada-fuerzas síquicas-parecido y similar-similar y parecido-estadísticas-estática-dinámica-cuadro de situación-desarrollo causal-juicios de valor histórico-morales... El común de los mortales no puede dejar de preguntarse, luego de leer esto, por qué su cabeza

⁷⁵ **Gustav Schmoller** (1838-1917): economista e historiador, fundó escuelas de historia social y económica en Alemania.

le da vueltas como un trompo. Con fe ciega en la sabiduría profesoral que aquí se dispensa, y buscando tozudamente un poco de sabiduría, se podría tratar de descifrar este galimatías dos, quizás tres veces; tememos que el esfuerzo sería en vano. Aquí no hay sino fraseología hueca, cháchara pomposa. Y ello constituye, de por sí, un síntoma infalible. Quien piense con seriedad y domine el tema que está estudiando, se expresará concisa e inteligiblemente. Quien, salvo cuando se trata de la acrobacia intelectual de la filosofía o los espectros fantasmagóricos de la mística religiosa, se expresa de manera oscura y carente de concisión, revela estar en la oscuridad... o querer evitar la claridad. Más adelante veremos que la terminología confusa y oscurantista de los profesores burgueses no es fruto de la casualidad, que refleja no sólo su falta de claridad sino también su aversión tendenciosa y tenaz hacia un verdadero análisis del problema que nos ocupa.

Se puede demostrar que la definición de la esencia de la economía es asunto polémico apoyándose en un hecho superficial: su edad. Se han expresado las opiniones más contradictorias en torno a la edad de esta ciencia. Por ejemplo, un conocido historiador y ex profesor de economía de la Universidad de París, Adolphe Blanqui⁷⁶ -hermano del famoso dirigente socialista y soldado de la Comuna Auguste Blanqui⁷⁷ comienza el primer capítulo de su *Historia del desarrollo económico* con la siguiente frase: “La economía es más antigua de lo que generalmente se cree. Los griegos y romanos ya la poseían.” Por otra parte, otros autores que han estudiado la historia de la economía, por ejemplo Eugen Dühring,⁷⁸ ex profesor en la Universidad de Berlín, consideran importante recalcar que la economía es mucho más moderna de lo que generalmente se cree; surgió en la segunda

⁷⁶ **Jerome-Adolphe Blanqui** (1798-1854); economista burgués francés, hermano del revolucionario Auguste Blanqui.

⁷⁷ **Louis Auguste Blanqui** (1805-1881): socialista revolucionario francés cuyo nombre ha quedado ligado a la teoría de la insurrección armada por grupos pequeños de hombres seleccionados y entrenados, en oposición a la concepción marxista de la insurrección de masas. Participó en la revolución francesa de 1830, organizó la insurrección fallida en 1839 y fue encarcelado. Fue liberado por la revolución de 1848 y nuevamente encarcelado luego de su derrota. Volvió a prisión en vísperas de la Comuna de París. Por su quebrantada salud, luego de 35 años de prisión, fue perdonado en 1879. Ese mismo año los obreros de Burdeos lo votaron para la Cámara de Diputados, pero el gobierno impugnó la elección. La **Comuna de París** fue la primera dictadura del proletariado de la historia. Finalizada la Guerra Franco-Prusiana, los trabajadores de París, dirigidos por las organizaciones obreras, crearon su propio gobierno y resistieron los primeros intentos del gobierno burgués de Versalles de desarmarlo. La Comuna resistió los ataques del ejército de Versalles desde el 18 de marzo al 21 de mayo de 1871. Cayó después de una cruenta batalla en la que murieron 30.000 comuneros.

⁷⁸ **Eugen Karl Dühring** (1833-1921): economista pequeñoburgués alemán. Hoy se lo recuerda principalmente por la crítica que hizo Federico Engels a sus posiciones en el Anti-Dühring.

mitad del siglo XVIII. Para dar también una opinión socialista, citemos a Lassalle,⁷⁹ en el prefacio de su clásica polémica escrita en 1864 contra *Capital y trabajo* de Schultze-Delitzsch: “La economía es una ciencia cuyos rudimentos existen, pero que todavía no ha sido definida”.

Por otra parte, Carlos Marx le puso a su obra maestra de la economía *-El capital-* el subtítulo de *Crítica de la economía política*. El primer tomo apareció, como para cumplir la profecía de Lassalle, tres años más tarde, en 1867. Con este subtítulo Marx coloca a su obra fuera del marco de la economía convencional, considerando que ésta está terminada definitivamente: sólo resta criticarla.

Algunos sostienen que esta ciencia es tan antigua como la historia escrita de la humanidad. Para otros tiene apenas un siglo y medio de antigüedad. Un tercer grupo sostiene que se halla en pañales. Otros dicen que está perimida y que ha llegado la hora de pronunciar un juicio crítico y definitivo para acelerar su desaparición. ¿Quién no está dispuesto a reconocer que semejante ciencia presenta un fenómeno único y complicado?

No sería aconsejable preguntarle a algún representante oficial burgués de esta ciencia: ¿Cómo explica usted el hecho curioso de que la economía —ésta es la opinión predominante en nuestros días- haya comenzado hace apenas ciento cincuenta años? El profesor Dühring, por ejemplo, respondería con un gran palabrerío, afirmando que los griegos y los romanos no tenían concepciones científicas de los problemas económicos, sólo nociones “irresponsables, superficiales, muy vulgares” extraídas de la experiencia diaria; que la Edad Media fue “acientífica” hasta la enésima potencia. Es obvio que esta explicación erudita no nos sirve; por el contrario, es bastante engañosa, sobre todo esa forma de generalizar sobre la Edad Media.

El profesor Schmoller nos brinda una explicación tan peculiar como la anterior. En su obra, que citamos más arriba, añade la siguiente perla a la confusión reinante: “Durante siglos se habían observado y descrito muchos fenómenos económicos privados y sociales, se habían reconocido unas cuantas verdades económicas y los códigos legales y éticos habían discutido problemas económicos. Estos hechos sin relación entre sí, fueron unificados en una ciencia especial cuando los problemas económicos adquirieron importancia sin precedentes en el manejo y administración del Estado; desde el siglo XVII hasta el XIX, cuando numerosos autores se ocuparon de estos problemas, el conocimiento de los mismos se convirtió en necesidad para los estudiantes universitarios y al mismo tiempo la

⁷⁹ **Ferdinand Lassalle** (1825-1864): socialista alemán, fundador de la Unión General de Obreros Alemanes en 1863, que más tarde se fusionó con el partido de Marx para formar el PSD.

evolución del pensamiento científico en general condujo a interrelacionar estos dichos y hechos económicos en un sistema independiente utilizando ciertas nociones fundamentales, tales como dinero y comercio, la política nacional en materia económica, el trabajo y la división del trabajo: todo ello lo intentaron los autores del siglo XVIII. Desde entonces la teoría económica existe como ciencia independiente.”

Cuando extraemos el poco sentido que le encontramos a este verbosísimo pasaje, obtenemos lo siguiente: existían varias observaciones económicas que, durante un tiempo, estuvieron tiradas aquí y allá, casi ociosas. Entonces, de repente, apenas el “manejo y administración del Estado” —quiere decir el gobierno— lo necesitaron, y en consecuencia se hizo necesario enseñar economía en las universidades, estos dichos económicos fueron rejuntados y enseñados a estudiantes universitarios. Asombroso, y a la vez, ¡qué típica de un profesor es esta explicación! Primero, en virtud de las necesidades del honorable gobierno, se funda una cátedra... cuya titularidad es ocupada por un honorable profesor. Entonces, desde luego, se crea la ciencia, si no, ¿qué podría enseñar el profesor? Al leer este pasaje nos acordamos -¿quién no?- del maestro de ceremonias de la Corte que afirmó estar convencido de que la monarquía perduraría para siempre; después de todo, si desapareciera la monarquía, ¿de qué viviría? Esta es, pues, la esencia del párrafo: la economía nació porque el gobierno del Estado moderno necesitaba de esa ciencia. Se supone que la orden de las autoridades constituidas es el certificado de nacimiento de la economía: esa forma de razonar es típica de un profesor contemporáneo.

El sirviente científico del gobierno que, a pedido de éste, redoblará “científicamente” el tambor a favor de cualquier tarifa o impuesto para la Marina, que en época de guerra será una verdadera hiena del campo de batalla, predicador del chovinismo, el odio nacional y el canibalismo intelectual, semejante tipo no tiene empacho en imaginar que las necesidades financieras del soberano, los deseos fiscales del tesoro, la inclinación de cabeza de las autoridades constituidas, todo ello bastó para crear una ciencia del día a la noche... ¡de la nada! Para los que no ocupamos puestos de gobierno tales nociones presentan alguna dificultad. Además, la explicación plantea otro interrogante: ¿qué ocurrió en el siglo XVII, que obligó a los gobiernos de los estados modernos -siguiendo el razonamiento del profesor Schmoller- a sentir la necesidad de expresar a sus amados súbditos en forma científica, de repente, mientras que durante siglos las cosas habían marchado bastante bien, por cierto, con los métodos viejos? ¿No se da vuelta las cosas aquí, no es más probable que las nuevas necesidades de los tesoros fiscales hayan sido una modesta consecuencia de esos

grandes cambios históricos que fueron el origen real de la nueva ciencia de la economía a mediados del siglo XVIII?

En síntesis, sólo podemos decir que los profesores eruditos no nos quieren revelar de qué trata la economía y encima no quieren revelar cómo y por qué se originó esta ciencia.

V

Se suele definir a la economía de la siguiente manera: “ciencia de las relaciones económicas entre seres humanos”. Este encubrimiento de la esencia de lo que estamos tratando no clarifica el interrogante, lo complica aun más. Surge la siguiente pregunta: ¿es necesario, y si lo es, por qué hay que tener una ciencia especial sobre las relaciones económicas entre “seres humanos”, esto es, *todos* los seres humanos, en todo momento y circunstancia?

Tomemos un ejemplo de relaciones económicas humanas, si es posible dar un ejemplo fácil e ilustrativo. Imaginémonos viviendo en el periodo histórico en que no existía la economía mundial, cuando el intercambio de mercancías florecía únicamente en las ciudades, mientras que en el campo predominaba la economía natural, es decir, la producción para el consumo propio, tanto en las grandes propiedades terratenientes como en las pequeñas granjas.

Veamos, por ejemplo, las condiciones en las Highlands de Escocia en la década de 1850, tal como las describió Dugald Stewart: “En ciertas partes de las Highlands de Escocia [...] apareció más de un pastor, y también chacarero [...] calzando zapatos de cuero por ellos curtido [...] vistiendo ropas que no habían conocido otras manos que las suyas, puesto que las telas provenían de la esquila de sus propias ovejas, o de la cosecha de su propio campo de lino. En la preparación de los mismos casi ningún artículo había sido comprado, salvo la lezna, la aguja, el dedal y la herrería empleados en el telar. Las tinturas eran extraídas principalmente por las mujeres de los árboles, arbustos y hierbas.” (Citado por Marx en *El capital*.)

O tomemos un ejemplo de Rusia donde hasta hace relativamente poco tiempo, a fines de 1870, la situación del campesinado era la siguiente: “El terreno que él [el campesino del distrito de Viasma en la provincia de Smolensk] cultiva lo provee de alimentos, ropa, casi todo lo que necesita para su subsistencia: pan, papas, leche, carne, huevos, tela de lino, pieles de oveja y lana para el abrigo [...] Utiliza dinero únicamente cuando adquiere botas, artículos de tocador, cinturones, gorras, guantes y algunos enseres

domésticos esenciales: platos de arcilla o madera, útiles para la chimenea, cacerolas y cosas similares.” (Profesor Nikolai Siever, *Carlos Marx y David Ricardo*, Moscú, 1879, p. 480.)

Hay hogares campesinos similares en Bosnia y Herzegovina, en Servia y en Dalmacia hasta el día de hoy. Si le preguntáramos a un campesino que se autoabastece ya sea en las Highlands de Escocia, en Rusia, Bosnia o Servia sobre el “origen y distribución de la riqueza” y demás problemas económicos, nos miraría asombrado. ¿Por y para qué trabajamos? (O, como dirían los profesores, “¿cuál es la motivación de tu economía?”) El campesino respondería seguramente de la siguiente manera: Pues, veamos. Trabajamos para vivir, puesto que —como dice el dicho— nada sale de la nada. Si no trabajáramos moriríamos de hambre. Trabajamos para salir adelante, para tener qué comer, poder vestirnos, mantener un techo sobre nuestras cabezas. Cuando producimos, ¿cuál es el “propósito” de nuestro trabajo? ¡Qué pregunta más estúpida! Producimos lo que necesitamos, lo que toda familia campesina necesita para vivir. Cultivamos trigo y centeno, avena y cebada, papas; según la situación en que nos hallemos tenemos vacas y ovejas, gallinas y gansos. En invierno se carda la lana; ése es trabajo para las mujeres, mientras los hombres hacen todo lo que haya que hacer con el hacha, el serrucho y el martillo. Llámelo, si quiere, “agricultura” o “artesanía”; tenemos que hacer un poco de todo, puesto que necesitamos toda clase de cosas en la casa y en los campos.

¿Que cómo organizamos el trabajo? ¡Otra pregunta estúpida! Los hombres, naturalmente, realizan las tareas que exigen fuerza de hombre; las mujeres cuidan la casa, el establo y el gallinero; los niños hacen lo que pueden. ¡No vaya a pensar que yo envío a la mujer a cortar leña mientras yo ordeño la vaca! (El buen hombre no sabe, agreguemos, que en muchas tribus primitivas, por ejemplo entre los indios brasileños, son las mujeres quienes cortan leña, buscan raíces en el bosque y recolectan fruta, mientras que en las tribus ganaderas de Asia y África los hombres no sólo cuidan a las vacas, también las ordeñan. Aun hoy, en Dalmacia, puede observarse a la mujer cargando un pesado fardo sobre sus espaldas, mientras el robusto marido la acompaña montado en su burro, fumando su pipa. Esa “división del trabajo” les parece tan natural como le parece natural a nuestro campesino que él deba cortar la leña mientras su mujer ordeña la vaca.) Prosigamos: ¿qué constituye mi riqueza? ¡Cualquier niño de la aldea podría responderle! Un campesino es rico cuando tiene un granero colmado, un establo poblado, una buena majada, un buen gallinero; es pobre cuando se le empieza a acabar la harina para Pascuas y le aparecen goteras en el techo cuando llueve. ¿Cuál es la pregunta? Si mi parcela fuera mayor yo sería

más rico, y si en el verano llegara a haber, Dios nos libre, una granizada, todos los aldeanos quedaremos pobres en menos de veinticuatro horas.

Le hemos permitido al campesino responder a las preguntas económicas usuales con mucha paciencia, pero podemos tener la certeza de que si el profesor se hubiera apersonado en la granja, cuaderno y pluma en mano para iniciar su investigación, se le hubiera mostrado la salida con cierta brusquedad antes de que hubiese llegado a la mitad del cuestionario. Y en realidad todas las relaciones en la economía campesina resultan tan obvias y transparentes que su disección mediante el bisturí de la economía parece realmente un juego inútil.

Puede, desde luego, objetarse que el ejemplo no es muy feliz, que en un hogar campesino que se autoabastece esa simplicidad extrema es realmente hija de la escasez de recursos y la pequeña escala en que se produce. Bien, dejemos al pequeño hogar campesino que logra mantener alejados a los lobos en alguna localidad olvidada de Dios, elevemos nuestras miras hasta la cima de un poderoso imperio, examinemos el hogar de Carlomagno. Este emperador logró convertir al Imperio Germano en el más poderoso de Europa a comienzos del siglo IX; emprendió no menos de cincuenta y tres campañas militares con el fin de extender y consolidar su reino, que llegó a abarcar la Alemania moderna además de Francia, Italia, Suiza, el norte de España, Holanda y Bélgica; este emperador también se preocupaba de la administración de sus feudos y chacras.

Nada menos que su mano imperial redactó un decreto especial de setenta párrafos en los que sentó los principios a aplicarse en la administración de sus propiedades de campo: el famoso *Capitulare de Villis*, es decir, la ley sobre los señoríos; por suerte este documento, tesoro invaluable de información histórica, se conserva hasta hoy entre la tierra y el moho de los archivos. Este documento merece una atención especial por dos razones. En primer lugar, casi todos los establecimientos agrícolas de Carlomagno se transformaron en poderosas ciudades libres: Aix-la-Chapelle, Colonia, Munich, Basilea, Estrasburgo y muchas otras ciudades alemanas y francesas fueron en tiempos remotos propiedades agrícolas de Carlomagno. En segundo lugar, los principios económicos de Carlomagno eran el modelo que seguían todas las grandes propiedades eclesiásticas y seculares de la Alta Edad Media; los señoríos de Carlomagno mantenían viva la vieja tradición romana y implantaban la exquisita cultura de las villas romanas al tosco ambiente de la joven nobleza teutónica; sus reglas sobre elaboración de vinos, cultivo de jardines, frutas y vegetales, cría de aves de corral, etcétera, constituyeron una hazaña económica perdurable.

Observemos este documento más de cerca. El gran emperador pide, en primer término, que se le sirva con honestidad, que todos los súbditos de sus feudos reciban cuidados y protección contra la pobreza; que no se les agobie con trabajos que superen su capacidad normal; que se les recompense el trabajo nocturno. Los súbditos, por su parte, deben dedicarse al cultivo de la vid y deben almacenar el jugo de la uva en botellas para que no se deteriore. Si se muestran remisos a cumplir con su deber, se les castigará “en la espalda u otra parte del cuerpo”. El emperador decreta asimismo que se deben criar abejas y gansos; las aves de corral deben ser cuidadas y su número incrementado. Debe prestarse atención al cuidado del ganado vacuno y caballar y también del lanar.

Deseamos, además, escribe el emperador, que nuestros bosques sean administrados con inteligencia, que no se los tale, que haya siempre en ellos gavilanes y halcones. Debe haber a nuestra disposición gansos y pollos gordos en todo momento; los huevos que no se consumen han de venderse en los mercados. En cada uno de nuestros señoríos debemos tener siempre a mano una buena provisión de plumas para colchones, colchones, mantas, enseres de cobre, plomo, hierro, madera, cadenas, ganchos, hachas, taladros, de modo que no se deba pedir nada prestado a los demás.

Además, el emperador exige que se le rinda cuenta exacta de la producción de sus feudos, es decir, cuánto se produjo de cada ítem, y hace la lista de éstos: vegetales, mantequilla, queso, miel, aceite, vinagre, remolachas “y otras cosas sin importancia”, como dice textualmente este famoso documento. El emperador ordena asimismo que en cada uno de sus dominios haya artesanos, expertos en todos los oficios, en número adecuado, y hace la lista de cada oficio, uno por uno. Designa a la Navidad la fecha anual en que se le rinden cuentas de todas sus riquezas. El campesino más pobre no cuenta cada cabeza de ganado y cada huevo que hay en su granja con mayor cuidado que el gran Emperador Carlos. El párrafo número 62 del documento dice: “Es importante que sepamos qué y cuánto poseemos, de cada cosa”. Y una vez más hace una lista: bueyes, molinos, madera, embarcaciones, vinos, legumbres, lana, lino, cáñamo, frutas, abejas, peces, cueros, cera y miel, vinos nuevos y añejos y demás cosas que se le envían. Y para consuelo de sus queridos vasallos, quienes deben enviarle estas cosas, agrega sin malicia: “Esperamos que todo esto no les parezca demasiado dificultoso; pues cada uno de vosotros es señor de su feudo y puede exigir estas cosas a sus súbditos”.

En otro párrafo de la ley encontramos instrucciones precisas en cuanto al recipiente y modo de transporte de los vinos, asunto de Estado aparentemente muy caro al corazón del emperador. “El vino debe transportarse en cascos de madera con fuertes aros

de hierro, jamás en odres de piel. En cuanto a la harina, será transportada en carros de doble fondo recubiertos de cuero, para que se pueda cruzar los ríos sin dañar la harina. Quiero también cuentas exactas de los cuernos de mis ciervos, además de los machos cabrios, asimismo de las pieles de lobos matados durante el año. En el mes de mayo no olvidéis declarar la guerra a muerte contra los lobos jóvenes.” En el último párrafo Carlomagno hace la lista de todas las flores y árboles y hierbas que quiere en sus señoríos, tales como: rosas, lirios, romero, pepinos, cebollas, rabanitos, semillas de alcaravea, etcétera. Este famoso documento legislativo finaliza con algo que parece ser la enumeración de las distintas variedades de manzanas.

Este es, entonces, el cuadro de la casa imperial en el siglo IX, y aunque estamos hablando de uno de los soberanos más ricos y poderosos de la Edad Media cualquiera reconocerá que tanto su economía familiar como sus principios administrativos nos recuerdan al pequeño hogar campesino que vimos antes.

Si le planteáramos a nuestro anfitrión imperial las mismas preguntas acerca de su economía, la naturaleza de su riqueza, el objeto de la producción, la división del trabajo, etcétera, extendería su mano real para señalarnos las montañas de trigo, lana y cáñamo, los cascotes de vino, aceite y vinagre, los establos repletos de vacas, bueyes y ovejas. Y es probable que no pudiéramos encontrar misteriosos problemas para que la ciencia de la economía analice y resuelva, puesto que todas las relaciones, causa y efecto, trabajo y resultado, son claras como el cristal.

Quizás alguien nos quiera observar que volvimos a encontrar un ejemplo poco feliz. ¿Acaso el documento no revela que no estamos tratando con la vida económica pública del Imperio Germánico, sino con la hacienda privada del emperador? Pero cualquiera que contrapusiese ambos conceptos cometería un grave error respecto de la Edad Media. Es cierto que la ley se aplicaba a la economía de las propiedades y feudos del Emperador Carlomagno, pero él regentaba esta hacienda como soberano, no como ciudadano particular. O, para ser más precisos, el emperador era señor en sus propios señoríos, pero todo gran señor de la Edad Media, sobre todo en la época de Carlomagno, era un emperador en menor escala, porque su posesión noble de la tierra lo convertía en legislador, recaudador de impuestos y juez de todos los habitantes de sus feudos. Los decretos económicos de Carlos eran, como lo demuestra su forma, decretos de gobierno: forman parte de las sesenta y cinco leyes, o *capitulare*, de Carlos, redactadas por el emperador y promulgadas en la dieta anual de sus príncipes. Y los decretos sobre rabanitos y cascotes de vino reforzados con aros de hierro provienen de la misma autoridad déspota, y

están redactados en el mismo estilo que, por ejemplo, sus amonestaciones a los eclesiásticos en el *Capitulare Episcoporum*, la “ley de obispos”, donde Carlos toma a los siervos del Señor de las orejas y les impone severamente que no deben blasfemar, ni embriagarse, ni frecuentar lugares de mala fama, ni mantener amantes, ni vender los sacramentos por un precio demasiado elevado. Podríamos cansarnos de hurgar en la Edad Media, y no encontraríamos una sola unidad económica rural donde los señoríos de Carlomagno no fueran prototipos y modelos, ya se trate de propiedades señoriales o de pequeños campesinos, de familias campesinas tomadas individualmente o comunidades aldeanas.

Lo que más nos llama la atención en ambos ejemplos es que las necesidades de la subsistencia humana guían y dirigen el trabajo, que los resultados corresponden exactamente a las intenciones y necesidades y que, independientemente de la escala de la producción, las relaciones económicas denotan una asombrosa simplicidad y transparencia. Tanto el pequeño campesino en su parcela como el gran soberano en sus feudos saben exactamente qué quieren lograr en la producción. Y, más aun, ninguno de los dos tiene que ser un genio para saberlo. Ambos quieren satisfacer las necesidades humanas fundamentales en cuanto a alimentos, bebida, ropa y las distintas cosas buenas de la vida. La diferencia consiste en que el campesino duerme en un camastro de paja, mientras el noble señor duerme en un lecho de plumas; el campesino bebe cerveza, hidromiel y también agua; el señor, vinos finos. La diferencia está en la cantidad y tipo de bienes producidos. La base de la economía y sus objetivos, son los mismos a saber: satisfacción directa de las necesidades humanas. Va de suyo que el tipo de trabajo necesario para lograr este propósito se adecúa a los resultados que se quieren obtener. Y también hay diferencias en el proceso de trabajo: el campesino trabaja con sus manos acompañado de su familia; recibe los productos del trabajo que su parcela y la parte que le corresponde de la tierra comunitaria le pueden brindar o, más precisamente —puesto que hablamos del siervo medieval—, todo lo que le queda después de los tributos y diezmos que le extraen el señor y el obispo. El emperador y los nobles no trabajan, obligan a sus súbditos y arrendatarios a trabajar para ellos.

Pero, trabaje la familia campesina para sí o para el señor, bajo la supervisión del anciano de la aldea o del administrador del noble, el resultado de la producción es una cantidad simple de medios de subsistencia (en el sentido más amplio del término): lo que se necesita y en la proporción requerida. Podemos darle a esta economía las vueltas que queramos; no encontraremos en ella enigma alguno que requiera el análisis profundo de una ciencia especial para su solución. El campesino más torpe de la Edad Media sabía qué era lo que determinaba su “riqueza” (quizás sería más acertado decir su “pobreza”), además

de las catástrofes de la naturaleza, que asolaban su propiedad tanto como la del señor. El campesino sabía que su pobreza obedecía a una causa muy simple y directa: primero, la infinita serie de impuestos en trabajo y dinero que le extraía el señor; en segundo lugar, el pillaje de ese señor a expensas de las tierras comunes, bosques y agua de la aldea. Y el campesino clamaba su sabiduría a los cielos cada vez que asaltaba las casas de los chupasangres. Lo único que le queda por investigar a la ciencia en este tipo de economía es el origen histórico y desarrollo de esta clase de relaciones: cómo fue que en Europa las que habían sido tierras de campesinos libres se transformaron en propiedades señoriales de las que se extraían rentas y tributos, cómo un campesinado antes libre se había transformado en una clase oprimida, obligada a rendir tributo en forma de trabajo, a permanecer en la tierra incluso en las etapas posteriores.

Las cosas toman un cariz enteramente distinto apenas volvemos nuestra atención a cualquiera de los fenómenos de la vida económica contemporánea. Veamos, por ejemplo, uno de los más notables y asombrosos: la crisis comercial. Cada uno de nosotros ha vivido unas cuantas crisis comerciales e industriales y conocemos por experiencia el proceso que Engels describe en una cita clásica: “El comercio se paraliza, los “mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados sin encontrar salida; el dinero efectivo se hace invisible; el crédito desaparece; las fábricas paran; las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haberlos producido en exceso; las bancarrotas y las liquidaciones se suceden unas a otras. El estancamiento dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que, por fin, las masas de mercancías acumuladas, más o menos depreciadas, encuentran salida, y la producción y el cambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha comienza a andar al trote; el trote industrial se convierte en galope y, por último, en una carrera desenfrenada, en una carrera de obstáculos que juegan la industria, el comercio, el crédito y la especulación, para terminar finalmente, después de los saltos más arriesgados, en la fosa de una crisis.” [F. Engels, *Anti-Dühring*, Kerr, p. 286-287]

Todos sabemos cómo aterroriza el espectro de la crisis comercial a cualquier país moderno: la manera de anunciarse el advenimiento de dicha crisis es, de por sí, significativa. Después de unos cuantos años de prosperidad y buenos negocios, empiezan a aparecer vagos rumores en los diarios; la Bolsa recibe algunas noticias poco tranquilizadoras de ciertas quiebras; las indirectas que lanzala prensa se vuelven más específicas; la Bolsa se pone cada vez más aprensiva; el banco nacional aumenta la tasa de crédito, lo cual significa que el crédito es más difícil de obtener y los montos disponibles son menores; por último, las

noticias de bancarrotas y cierres caen como gotas de agua en un chaparrón. Y una vez que la crisis está en pleno auge, empiezan las discusiones acerca de quién tiene la culpa. Los comerciantes echan la culpa a la negativa de los bancos a conceder crédito y a la manía especulativa de los corredores de bolsa; los corredores se la echan a los industriales; los industriales se la achacan a la escasez de dinero líquido, etcétera. Y cuando por fin los negocios empiezan a mejorar, la Bolsa y los diarios ven los primeros síntomas con alivio, hasta que vuelven por un tiempo la esperanza, la paz y la seguridad.

Lo más notable de esto es que todos los afectados, el conjunto de la sociedad, consideran y tratan a la crisis como algo fuera de la esfera de la voluntad y el control humanos, un golpe fuerte propinado por un poder invisible y mayor, una prueba enviada desde el cielo, parecida a una gran tormenta eléctrica, un terremoto, una inundación.

El lenguaje que suelen utilizar los periódicos especializados al referirse a la crisis está lleno de frases tales como: “el cielo del mundo de los negocios, hasta ahora sereno, se esta empezando a cubrir de negros nubarrones”; o cuando se anuncia un drástico aumento de las tasas de crédito bancario, aparece invariablemente bajo el título de “se anuncian tormentas”, y después de la crisis leemos cómo pasó la tormenta y qué despejado está el horizonte comercial. Este estilo periodístico revela algo más que el mal gusto de los plumíferos de la página financiera; es típico de la actitud hacia la crisis, como si ésta fuera el resultado de una ley natural. La sociedad moderna contempla con horror cómo se cierne; agacha la cabeza temblorosa bajo los golpes que caen como una granizada; aguarda el fin de la prueba y vuelve a levantar cabeza, tímida y escépticamente; mucho después la sociedad comienza a sentirse segura una vez más. Así esperaban los pueblos de la Edad Media las plagas y hambrunas; la misma consternación e impotencia ante una prueba severa.

Pero las hambrunas y pestes son antes que nada fenómenos naturales, aunque en última instancia las malas cosechas, las epidemias, etcétera, también tienen que ver con causas sociales. Una tormenta eléctrica es un acontecimiento provocado por elementos físicos y nadie, dado el desarrollo alcanzado por las ciencias naturales y la tecnología, es capaz de producir o impedir una tormenta eléctrica. Pero, ¿qué es una crisis moderna? Consiste en la producción de demasiadas mercancías. No hay compradores, y por lo tanto se detienen la industria y el comercio. La fabricación de mercancías, su venta, comercio, industria: tales son las relaciones en la sociedad moderna. Es el hombre quien produce las mercancías, y el hombre mismo quien las vende; el intercambio se da entre una persona y otra, y dentro de los factores que constituyen la crisis moderna no encontraremos un solo elemento que trascienda la esfera de la actividad humana. Es la sociedad humana, por tanto,

la que produce periódicamente las crisis. Y al mismo tiempo sabemos que la crisis es un verdadero azote de la sociedad moderna, esperada con horror, soportada con desesperación y que nadie desea. Salvo para algunos especuladores bursátiles que tratan de enriquecerse rápidamente a costa de los demás, y que con frecuencia no se ven afectados por ella, la crisis constituye, en el mejor de los casos, un riesgo o un inconveniente para todos.

Nadie desea la crisis; sin embargo ésta se produce. El hombre la crea con sus propias manos, aunque no la quiere por nada del mundo. Tenemos aquí un hecho de la vida económica que ninguno de sus protagonistas puede explicar. El campesino medieval producía en su parcela lo que su señor, por un lado, y él mismo, por el otro, querían y deseaban: granos y ganado, buenos vinos y ropas lujosas, alimentos y bienes suntuosos para sí y para su hogar. Pero la sociedad moderna produce lo que no quiere ni necesita: depresiones. De vez en cuando produce bienes que no puede consumir. Sufre hambrunas periódicas mientras los almacenes se abarrotan de artículos imposibles de vender. Las necesidades y su satisfacción ya no concuerdan más; algo oscuro y misterioso se ha interpuesto entre ellas.

Tomemos otro ejemplo de la vida contemporánea, que conocemos todos, sobre todo los obreros de cualquier país: la desocupación. Al igual que la crisis, el desempleo es un cataclismo que aflige de tanto en tanto a la sociedad; en mayor o menor medida es uno de los síntomas constantes de la vida económica contemporánea. Los estratos mejor organizados y pagos de la clase obrera que llevan el registro de los desocupados de su gremio saben de la cadena ininterrumpida en las estadísticas de desocupación para cada año y para cada semana y mes del año. La cantidad de obreros desocupados tendrá fluctuaciones, pero jamás, ni por un solo instante, se reduce a cero. La sociedad contemporánea demuestra su impotencia ante la plaga de la desocupación cada vez que ésta se vuelve tan seria que los órganos legislativos se ven obligados a tratar el problema. Después de mucho discutir, estas deliberaciones concluyen en una resolución para iniciar una investigación sobre la cantidad real de desocupados. Generalmente se limitan a medir la envergadura de la tragedia, así como en las inundaciones se mide el nivel del agua con un indicador. En el mejor de los casos se aplica el débil paliativo del seguro al parado (a expensas, generalmente, de los obreros ocupados) para disminuir los efectos del fenómeno, sin siquiera tratar de llegar a la raíz del mal.

A principios del siglo XIX, el cura Malthus,⁸⁰ ese gran profeta de la burguesía inglesa, proclamó con esa refrescante brutalidad tan característica en él: “Si el obrero no puede obtener medios de subsistencia de sus parientes, a quienes se los puede reclamar con justicia, y si la sociedad no necesita su trabajo, el que nace en un mundo donde ya existe el pleno empleo no tiene derecho a la menor partícula de alimento, en realidad nada tiene que hacer en ese mundo. No tiene un sitio reservado en la gran mesa de la naturaleza. Esta le ordena desaparecer y rápidamente ejecuta la orden.” La sociedad moderna, con esa hipocresía “social-reformista” que la caracteriza, frunce el ceño ante tanta candidez. En los hechos le permite al proletario desocupado “cuyo trabajo no necesita”, “desaparecer” de alguna manera, tarde o temprano: así lo demuestran las estadísticas de deterioro de la salud pública, de mortalidad infantil, los crímenes contra la propiedad en todas las épocas de crisis.

La analogía que trazamos entre las inundaciones y la desocupación revela un hecho asombroso: ¡que nuestra impotencia ante las grandes catástrofes naturales es *menor* que la que padecemos ante nuestros propios asuntos puramente humanos, puramente sociales! Las inundaciones periódicas que provocan tamaños estragos en el este de Alemania todas las primaveras son, en última instancia, resultado de no aplicar contramedida alguna, como se ha demostrado hasta ahora. La tecnología, con el nivel de desarrollo que ha alcanzado, nos da los medios adecuados para proteger a la agricultura de las devastaciones provocadas por las aguas incontroladas. Desde luego que para poner freno a esta fuerza potencial es necesario aplicar en gran escala los medios que nos brinda la tecnología: un gran plan regional de control de las aguas reconstruiría toda la zona de peligro, protegería los campos de labranza y pastoreo, construiría diques y compuertas y regularía el curso de los ríos. No se está realizando esta gran reforma en parte porque ni el Estado ni el capital privado quieren aportar los fondos necesarios, y en parte porque el gobierno tendría que hacer frente al obstáculo del derecho a la propiedad privada en la extensa zona afectada. Los medios para el control de las inundaciones y para encauzar las aguas turbulentas existen, aunque la sociedad sea incapaz de utilizarlos

Por otra parte, la sociedad contemporánea no ha encontrado el remedio para la desocupación. Y sin embargo no se trata de una ley de la naturaleza, ni de una fuerza física de la naturaleza, ni de un poder sobrenatural, sino de un producto de relaciones económicas puramente humanas. Una vez más nos encontramos con un enigma

⁸⁰ **Thomas Robert Malthus** (1766-1834): clérigo y economista inglés que predijo que la población mundial superaría la cantidad de alimentos disponibles.

económico, que nadie desea que nadie provoca adrede, pero que se sucede periódicamente, con la regularidad de un fenómeno natural, por encima de las cabezas de los hombres podríamos decir.

Ni siquiera tenemos necesidad de recurrir a hechos tan notables de la vida cotidiana como las depresiones y la desocupación, es decir, calamidades que quedan fuera de la esfera de lo normal (al menos la opinión pública sostiene que dichos eventos conforman una excepción al curso normal de los acontecimientos). Veamos, en cambio, el ejemplo más común de la vida diaria, que se multiplica en todos los países: la fluctuación de los precios de las mercancías. Hasta un niño sabe que los precios de las mercancías no son algo fijo e inmutable sino todo lo contrario, suben y bajan casi todos los días, incluso a toda hora. Tomemos cualquier diario, vayamos a las informaciones financieras y leamos los precios del día anterior; trigo: débil a la mañana, mejor al mediodía, más alto o más bajo al cierre. Lo mismo ocurre con el cobre, el hierro, el azúcar y el aceite de uva. Y lo mismo con las acciones de las empresas industriales, privadas o estatales, en la Bolsa.

Las fluctuaciones de los precios son un hecho incesante, “normal”, cotidiano, de la vida económica contemporánea. Pero de estas fluctuaciones resulta que la situación financiera de los dueños de todas estas mercancías cambia en forma diaria y horaria. Si aumenta el precio del algodón, aumenta la riqueza de los comerciantes y fabricantes que poseen acciones en el algodón; si bajan, la riqueza disminuye. Si aumenta el precio del cobre, los accionistas se enriquecen; si disminuye, se empobrecen. Así con una simple fluctuación de precios, con los resultados bursátiles, una persona puede convertirse en millonario o en mendigo en cuestión de pocas horas. Desde luego, la especulación y el fraude se basan en este mecanismo. El propietario medieval se enriquecía o empobrecía con una buena o mala cosecha; o, como un caballero errante, se enriquecía si asaltaba en los caminos a una cantidad suficiente de comerciantes acaudalados; o aumentaba su riqueza (éste era el método consagrado y preferido) exprimiendo aun más a sus siervos mediante impuestos en especie y dinero.

Hoy una persona puede volverse rica o pobre sin mover un dedo, sin que medie un acontecimiento natural, sin dar nada a nadie, sin robar cosa alguna. Las fluctuaciones de los precios son movimientos secretos dirigidos por un agente invisible que se mueve a espaldas de la sociedad, provocando cambios constantes en la distribución de la riqueza social. Observamos este movimiento así como leemos la presión en un barómetro, la temperatura en un termómetro. Y sin embargo los precios de las mercancías, con sus fluctuaciones, son asuntos evidentemente humanos, acá no hay magia negra. Nadie sino el hombre, con sus

propias manos, produce estas mercancías y fija los precios, salvo que surja de sus acciones algo que no pretende ni desea; una vez más la necesidad, el objeto y el resultado de la actividad económica se encuentran en flagrante contradicción.

¿Cómo ocurre esto, cuáles son las leyes negras que, operando a espaldas de los hombres, conducen a la actividad económica del hombre contemporáneo a resultados tan extraños? Sólo la investigación científica puede resolver estos problemas. Se ha vuelto necesario resolver todos estos enigmas mediante la investigación exhaustiva, la meditación profunda, el análisis, la analogía, para penetrar en las relaciones ocultas cuyo resultado es que las relaciones económicas humanas no corresponden a las intenciones, a la voluntad, en fin, a la conciencia del hombre. De esta manera el problema que enfrenta la investigación científica puede definirse como la falta de conciencia humana de la vida económica de la sociedad, y así llegamos a la razón inmediata del surgimiento de la economía.

Darwin,⁸¹ en la descripción de su viaje por el mundo, nos dice lo siguiente acerca de los indígenas que habitan Tierra del Fuego (en el extremo austral de América del Sur): “Suelen padecer hambrunas. El Sr. Low, capitán de un ballenero, que conoce íntimamente a los nativos de este país, hizo un relato curioso sobre la situación de un grupo de unos ciento cincuenta nativos en la costa occidental, sumamente delgados. Una serie de tormentas de viento había impedido a las mujeres recoger mariscos en la costa y a los hombres salir en sus canoas a cazar focas. Una pequeña partida de hombres salió una mañana y los indígenas que quedaban le explicaron a Low que se iban a buscar alimentos. A su regreso, Low salió a su encuentro, y los encontró sumamente cansados. Cada hombre portaba un gran trozo de carne podrida de ballena, a la que habían hecho un agujero en el medio por donde habían pasado la cabeza, como hacen los gauchos con sus ponchos. Apenas la carne era llevada al toldo, un anciano la cortaba en tiras y las asaba durante un minuto, murmurando alguna cosa, y las distribuía a los hombres famélicos, que durante todo este tiempo se mantenían en el más profundo silencio.” [Darwin, *El viaje del Beagle*.]

Estamos hablando de uno de los pueblos más primitivos de la tierra. Los límites que enmarcan su voluntad y planificación son sumamente estrechos. El hombre se encuentra todavía muy ligado a la madre naturaleza, y dependiente de sus favores. Y sin embargo, dentro de límites tan estrechos, esta pequeña sociedad de ciento cincuenta hombres

⁸¹ **Charles Darwin** (1809-1882): gran biólogo inglés. Formuló la teoría evolutiva de la biología. Autor de **El origen de las especies**. **Eduard David** (1863-1930): miembro del ala derecha de la socialdemocracia alemana; revisionista. Apoyó la guerra imperialista. Ministro sin cartera en 1919-1920. Primer presidente de la Asamblea Nacional en 1919.

cumple un plan que organiza a todo el cuerpo social. Las previsiones tendientes a garantizar el bienestar futuro son el depósito de carne podrida, oculto en algún lado. Pero esta miseria se divide entre todos los miembros de la tribu, y se cumplen ciertas ceremonias; todos participan, bajo una dirección y con un plan, de la recolección de alimentos.

Consideremos ahora un *oikos* griego, la economía familiar esclavista de la Antigüedad, economía que constituía un verdadero “microcosmos”, un pequeño mundo. Observamos grandes desigualdades sociales. La pobreza primitiva ha cedido ante los confortables excedentes de los frutos del trabajo humano. El trabajo físico se convirtió en la maldición de unos, el ocio en privilegio de otros; el trabajador se volvió una propiedad del que no trabaja. Pero esta relación amo-esclavo tiene como base la planificación y organización más estrictas de la economía, del trabajo, del proceso de distribución. Su fundamento es la voluntad despótica del amo, su brazo ejecutor es el látigo del capataz.

En el señorío feudal de la Edad Media la organización despótica de la vida económica da lugar rápidamente al código de trabajo detallado, en el que se definen clara y rígidamente la planificación y la división del trabajo, los derechos y deberes de cada uno. En el umbral de este periodo histórico aparece ese bonito documento que vimos antes, el *Capitulare de Villis* de Carlomagno, rebosante de alegría y buen humor, gozando voluptuosamente de la abundancia de bienes materiales, cuya producción es el único objeto de la vida económica. Al fin del periodo histórico feudal encontramos un terrible código de tributos en trabajo y dinero impuesto por los señores feudales ávidos de riquezas, código que provocó las guerras campesinas del siglo XV en Alemania y que, dos siglos más tarde, redujo al campesino francés al estado de una bestia miserable que se levantaría a pelear por sus derechos al argentino clarín de la Gran Revolución Francesa. Pero mientras la escoba de la historia no barrió la basura feudal, la relación señor-siervo con toda su miseria determinaba clara y rígidamente las condiciones de la economía feudal, como una suerte preestablecida.

Hoy no tenemos amos, esclavos, señores feudales ni siervos. La libertad y la igualdad ante la ley liquidaron todas las relaciones despóticas, al menos en las naciones burguesas más antiguas; en las colonias -como todos saben— estos mismos estados frecuentemente introducen el esclavismo y la servidumbre. Pero en la propia casa de la burguesía reina la libre competencia como única ley que rige las relaciones económicas y todo plan, toda organización, ha desaparecido de la economía. Desde luego que si indagamos en las distintas empresas privadas, en las fábricas modernas o en un gran complejo fabril como

Krupp⁸² o cualquier empresa agrícola en gran escala de Estados Unidos, encontraremos la organización más estricta, la división más detallada del trabajo, la planificación más minuciosa basada en la más reciente información científica. Aquí todo transcurre fluidamente, como por arte de magia, bajo la administración de *una* voluntad, *una* sola conciencia. Pero apenas nos alejamos de la gran fábrica o del gran establecimiento agrícola, nos encontramos en medio del caos. Mientras las innumerables unidades (y cualquier empresa privada, hasta la más gigantesca, es sólo un fragmento de la gran estructura económica que abarca a todo el globo) se encuentran bajo la disciplina más férrea, la entidad de todas las llamadas economías nacionales, o sea la economía mundial, está totalmente desorganizada. En la entidad que abarca océanos y continentes no existe planificación, conciencia ni reglamento, solamente el choque ciego de desconocidas fuerzas incontroladas que juegan caprichosamente con el destino económico del hombre. Desde luego que aun hoy un soberano todopoderoso domina a obreros y obreras: el capital. Pero la soberanía del capital no se manifiesta a través del despotismo sino de la anarquía.

Y es precisamente la anarquía la responsable de que la economía de la sociedad humana produzca resultados que constituyen un misterio imposible de predecir para todos los afectados. La anarquía hace de la vida económica humana algo desconocido, ajeno, incontrolable, cuyas leyes debemos descubrir de la misma forma que descubrimos las de la naturaleza, de la misma manera en que tratamos de descubrir las leyes que gobiernan la vida de los reinos animal y vegetal, las formaciones geológicas de la superficie terrestre, el movimiento de los cuerpos celestes. El análisis científico debe descubrir *ex post facto* los propósitos y las leyes que gobiernan la vida económica humana, los que no fueron impuestos por una planificación consciente.

Ya deben de tener claro por qué a los economistas burgueses les resulta imposible explicar la esencia de su ciencia, poner el dedo en la llaga del organismo social, denunciar su malformación congénita. Reconocer y afirmar que la anarquía es la fuerza motriz vital del dominio del capital es pronunciar su sentencia de muerte, afirmar que sus días están contados. Resulta claro por qué los científicos defensores oficiales del dominio del capital tratan de oscurecer el problema mediante toda clase de artificios semánticos, tratan de alejar la investigación del meollo de la cuestión, tomar las apariencias externas y discutir la “economía nacional” en lugar de la economía mundial. Al dar un solo paso más allá del umbral del conocimiento económico, con la primera premisa básica de la economía, las

⁸² **Alfred Krupp** (1812-1887): gran empresario alemán, fabricante de municiones y magnate del acero. Principal empresario de Alemania en el momento de crearse el Imperio Germano.

economías burguesa y proletaria se van por sendas distintas. Con el primer interrogante, por abstracto y poco práctico que parezca en relación a las luchas sociales que se libran en esta época, se forja un vínculo especial entre la economía como ciencia y el proletariado como clase revolucionaria.

VI

Si partimos de lo visto anteriormente, se aclaran varios interrogantes que en otras circunstancias nos podrían parecer enigmáticos.

En primer término se soluciona el problema de la edad de la economía. Una ciencia cuyo tema es el descubrimiento de las leyes de la anarquía de la producción capitalista mal podría haber surgido antes de esa forma de producción, antes de que aparecieran las condiciones históricas para el dominio de clase de la burguesía moderna, a través de siglos de dolores de parto, de cambios políticos y económicos.

Según el profesor Bucher,⁸³ el surgimiento del orden social imperante fue un hecho muy simple, por supuesto, que poco tuvo que ver con fenómenos sociales anteriores: fue el producto de la exaltada decisión y la sublime sabiduría de los monarcas absolutistas. Nos dice Bucher: “El desarrollo final de la ‘economía nacional’ -sabemos que para un profesor burgués la frase intencionalmente oscura ‘economía nacional’ significa modo capitalista de producción— es en esencia fruto de la centralización política que comienza a fines de la Edad Media con la aparición de las organizaciones territoriales estatales y encuentra su concreción en la creación del Estado nacional unificado. La unificación económica de las fuerzas va de la mano con la primacía de los elevados destinos de la nación en su conjunto sobre los intereses políticos privados. En Alemania los príncipes territoriales más poderosos, a diferencia de los nobles rurales y la aldea, tratan de poner en práctica la idea nacional moderna” (Bucher, *El surgimiento de la idea nacional*, p. 134.)

Pero también en el resto de Europa -España, Portugal, Inglaterra, Francia, Países Bajos- el poder principesco acometió hazañas de igual bravura. “En todas estas tierras y con distintos grados de severidad aparece la lucha contra los poderes independientes de la Edad Media: la alta nobleza, las ciudades, provincias, corporaciones religiosas y seculares. El problema inmediato, por cierto, era la aniquilación de los círculos territoriales independientes que cerraban el camino a la unificación política. Pero en lo más profundo del movimiento que conducía hacia el absolutismo real duerme la idea universal de que las

⁸³ **Karl Bucher** (1847-1930): economista burgués alemán, representante de la escuela "histórica" de la filosofía política.

grandes tareas que se plantean a la civilización moderna exigen la unión organizada de pueblos enteros, una gran comunidad de fuerzas vivas; y ello sólo podía surgir sobre la base de la actividad económica común.” (*Op. cit.*)

He aquí la flor del lacayismo intelectual que señalábamos en los profesores alemanes. Según el profesor Schmoller la ciencia de la economía surgió por orden del absolutismo ilustrado. Según el profesor Bucher el modo de producción capitalista es producto de la decisión soberana y los planes de los monarcas absolutistas que claman al cielo. En realidad cometeríamos una injusticia con los grandes tiranos españoles y franceses, y también con los pigmeos déspotas alemanes, si sospecháramos que se movían bajo el impulso de una “idea histórico-universal” o de “las grandes tareas que tiene planteada la civilización humana” en sus rencillas con generales insolentes a fines de la Edad Media o durante las costosas cruzadas contra las ciudades holandesas. Hay veces que realmente se plantean los hechos históricos patas para arriba.

La formación de los grandes estados burocráticamente centralizados fue un requisito indispensable para el surgimiento del modo de producción capitalista, pero su formación fue consecuencia de necesidades económicas nuevas, y se podría dar vuelta la afirmación de Bucher para decir, correctamente: la realización de la centralización política fue “esencialmente” producto de la maduración de la “economía nacional” (esto es, del modo capitalista de producción).

Es característico del instrumento inconsciente del avance histórico (como lo fue el absolutismo en la medida en que desempeñó un papel en el proceso histórico preparatorio) que desempeñe su rol progresivo con la misma inconsciencia imbecil que emplea para inhibir estas tendencias cada vez que lo considera conveniente. Esto ocurría, por ejemplo, cuando los tiranos-por-la-gracia-de-Dios de la Edad Media veían en las ciudades que se les aliaban contra la nobleza feudal meros objetos de explotación, a ser traicionados y entregados nuevamente a los barones feudales apenas se presentara la oportunidad. Lo mismo ocurría cuando, desde el comienzo, no vieron en el continente descubierto, con toda su población y cultura, sino un sujeto apto para la explotación más brutal, insidiosa y cruel, para llenar los “tesoros reales” con pepitas de oro en el menor tiempo posible con el propósito de servir a “las grandes tareas de la civilización”. Lo propio ocurría cuando los mismos tiranos-por-la-gracia-de-Dios se oponían tozudamente a sus “fieles súbditos” cuando éstos les presentaban ese pedazo de papel llamado constitución parlamentaria burguesa, que después de todo fue tan necesaria para el desarrollo irrestricto del capital como lo fueron la unificación política y la gran centralización estatal.

En realidad, eran otras fuerzas enteramente distintas las que estaban en juego: a fines de la Edad Media se sucedieron grandes transformaciones en la vida económica de los pueblos europeos, y éstas inauguraron un nuevo modo de producción.

Después que el descubrimiento de América y la circunnavegación de África, es decir el descubrimiento de la ruta marítima a la India, produjeron un florecimiento hasta entonces insospechado y una redistribución de las rutas comerciales, la liquidación del feudalismo y de la dominación de las ciudades por las corporaciones avanzó a pasos agigantados. Los grandes descubrimientos, las conquistas, el pillaje de los países recientemente descubiertos, la afluencia repentina de metales preciosos provenientes del Nuevo Continente, el gran comercio de especias con la India, el comercio de esclavos que proveía de negros africanos a las plantaciones de América, todos estos factores crearon en Europa Occidental nuevas riquezas y deseos en un lapso muy breve. El pequeño taller del artesano, con sus mil y una limitaciones, se convirtió en freno para el necesario aumento y rápido avance de la producción. Los grandes comerciantes superaron el escollo reuniendo a grandes cantidades de artesanos en las manufacturas, ubicadas fuera de la jurisdicción de las ciudades; supervisados por los mercaderes, liberados de las restricciones de las corporaciones, los mecánicos producían más y mejor.

En Inglaterra el nuevo modo de producción fue fruto de una revolución en la agricultura. El florecimiento de la manufactura lanera en Flandes y la gran demanda de lanas que fue su elemento concomitante impulsaron a la nobleza rural inglesa a convertir tierras antes cultivadas en pasturas para las ovejas; durante este proceso el campesinado inglés fue echado de su tierra en una escala jamás vista. La Reforma obró de manera similar. Después de la confiscación de las tierras de la Iglesia -las que fueron regaladas o perdidas por la nobleza cortesana y los especuladores— los campesinos que vivían en estas tierras también fueron expulsados. Así los manufactureros y los capitalistas del campo se encontraron con una gran provisión de proletarios empobrecidos situados fuera de los reglamentos y restricciones de las corporaciones feudales y artesanales. Después de un extenso periodo de martirio, de mendicidad o de reclusión en los asilos públicos, de crueles persecuciones por parte de la ley y la policía, estos pobres infelices encontraron refugio en la esclavitud asalariada en beneficio de una nueva clase de explotadores. Poco después sobrevino la gran revolución tecnológica que permitió una mayor utilización de trabajadores asalariados sin especialización al lado de los artesanos altamente especializados, sin llegar a reemplazarlos totalmente.

En todas partes el florecimiento y maduración de las nuevas relaciones chocaba con obstáculos feudales y la miseria de las pésimas condiciones de vida. La economía natural, base y esencia del feudalismo, y la pauperización de grandes masas, fruto de la presión irrestricta de la servidumbre, restringía la salida de las mercancías manufacturadas. Por su parte las corporaciones dividían y maniataban el elemento más importante de la producción: la fuerza de trabajo. El aparato del Estado, dividido en un número infinito de fragmentos políticos, incapaz de garantizar la seguridad pública, y la sucesión de tarifas y leyes comerciales, restringían y molestaban al incipiente comercio y al nuevo modo de producción.

Era evidente que de alguna manera la naciente burguesía de Europa Occidental debía barrer estos escollos o renunciar de plano a su misión histórico-mundial. Antes de destrozarse completamente al feudalismo en la Gran Revolución Francesa, la burguesía ajustó intelectualmente sus cuentas con el feudalismo, y así se origina la nueva ciencia de la economía, una de las armas ideológicas más importantes de la burguesía en su lucha contra el Estado medieval y por la instauración del moderno Estado de la clase capitalista. El nuevo orden económico apareció primero con las riquezas nuevas, rápidamente adquiridas, que inundaron la sociedad de Europa Occidental, provenientes de fuentes mucho más lucrativas, aparentemente inagotables y bastante diferentes de los métodos patriarcales de la explotación feudal, cuyo apogeo, por otra parte, ya había pasado.

Al principio la fuente más propicia para la nueva opulencia no fue el naciente modo de producción, sino su marcapasos: el gran auge del comercio. Es por ello que en los centros más importantes del comercio mundial, como las opulentas repúblicas italianas y España, se plantean los primeros interrogantes económicos y se hacen los primeros intentos de hallar respuestas a esos interrogantes.

¿Qué es la riqueza? ¿Qué es lo que hace que un estado sea rico o pobre? Este era el interrogante que se planteaba cuando las viejas concepciones de la sociedad feudal perdieron su validez en el torbellino de las nuevas relaciones. La riqueza es el oro con el cual se puede comprar cualquier cosa. El comercio crea riqueza. Serán ricos los estados que importen grandes cantidades de oro y no permitan que se lo saque del país. El comercio mundial, las conquistas coloniales en el Nuevo Mundo, las manufacturas que producen para la exportación: todo ello debe ser fomentado; debe prohibirse la importación de productos foráneos, que sacan el oro del país. Estas fueron las primeras enseñanzas de la economía, que aparecen en Italia a fines del siglo XVI y ganan popularidad en Inglaterra y Francia en el siglo XVII. Y esta doctrina, aunque muy elemental, fue la primera ruptura

abierta con las concepciones de la economía feudal natural y su primera crítica audaz; la primera idealización del comercio, de la producción de mercancías y, con ello, del capital; el primer programa político a la medida de la joven burguesía ascendente.

Pronto es el capitalista productor de mercancías, en lugar del comerciante, quien toma la delantera; al principio cautelosamente, disfrazado de sirviente pobre que espera en la antecámara del príncipe feudal. La riqueza de ninguna manera es oro, proclaman los iluministas franceses del siglo XVIII; el oro es simplemente un medio para el intercambio de mercancías. ¡Qué infantil la ilusión de ver en el brillante metal una varita mágica para pueblos y estados! ¿Puede el metal alimentarme cuando tengo hambre; puede protegerme del frío cuando estoy aterido? ¿Acaso el rey Darío de Persia no sufría los tormentos infernales de la sed mientras sostenía tesoros en sus brazos, y no estaba dispuesto a cambiarlos todos por un poco de agua para beber? No; la riqueza es la provisión por la naturaleza de alimentos y sustancias con las que todos, príncipes y mendigos, satisfacen sus necesidades. Cuanto mayor el lujo con que la población satisface sus necesidades, más rico será el Estado... porque mayores serán los impuestos que el Estado podrá cobrar.

¿Y qué produce el maíz para el pan, las fibras para la ropa, la madera y los metales brutos con que hacemos casas y herramientas? ¡La agricultura! ¡La agricultura, no el comercio, es la verdadera fuente de las riquezas! ¡La masa de la población rural, el campesinado, el pueblo que crea las riquezas de todos, debe ser rescatado de la explotación feudal y elevado a la prosperidad! (Para que yo pueda encontrar compradores para mis mercancías, agregaría *sotto voce* el capitalista manufacturero.) Los grandes señores terratenientes, los barones feudales, deberían ser los únicos que paguen impuestos y mantengan al Estado, puesto que toda la riqueza producida por la agricultura pasa por sus manos. (De esa manera yo, que aparentemente no creo riquezas, no tendría que pagar impuestos, murmura astutamente el capitalista) Basta con liberar a la agricultura, al trabajo rural, de todas las trabas del feudalismo, para que la fuente de riquezas fluya en toda su plenitud para el Estado y la nación. Entonces vendrá la felicidad de todo el pueblo, y la armonía de la naturaleza volverá a reinar en el mundo.

Los primeros nubarrones que anunciaban el asalto a la Bastilla ya se veían claramente en las posiciones de los iluministas. Rápidamente la burguesía se sintió lo bastante poderosa como para quitarse la máscara de sumisión y ponerse en primer plano para exigir resueltamente la remodelación del Estado a su imagen y semejanza. La agricultura de

ninguna manera es la única fuente de riqueza, proclamó Adam Smith⁸⁴ en Inglaterra a fines del siglo XVIII. ¡Cualquier trabajo afectado a la producción de mercancías crea riqueza! (*Cualquier trabajo*, dijo Adam Smith, mostrando hasta qué punto él y sus discípulos se habían vuelto simples voceros de la burguesía; para él y para sus sucesores el trabajador ya era por naturaleza el asalariado del capitalista.) Porque el trabajo asalariado, además de mantener al trabajador, crea también la renta para el terrateniente y ganancias para el dueño del capital, el patrón. Y la riqueza se incrementa cuanto mayor sea el número de obreros que trabajan en los talleres bajo el yugo del capital; cuanto más detallada y minuciosa sea la división del trabajo entre ellos.

Esta era, pues, la verdadera armonía de la naturaleza, la verdadera riqueza de las naciones; cualquier trabajo se concreta en el salario del trabajador, que lo mantiene vivo y lo obliga a seguir trabajando por el salario; en renta, que le da al terrateniente una vida libre de preocupaciones; y en ganancias, que mantienen el buen humor del patrón y lo instan a perseverar en sus negocios. Así *todos* se ven favorecidos, sin necesidad de recurrir a los métodos torpes del feudalismo. “La riqueza de las naciones” es fomentada, entonces, cuando se incrementa la riqueza del empresario capitalista, el patrón que mantiene todo en funcionamiento y explota la dorada fuente de la riqueza: el trabajo asalariado. Por eso: .basta de cadenas y restricciones de los buenos tiempos de *antaño* y también de medidas paternalistas protectoras recientemente instituidas por el Estado: libre competencia, manos libres al capital privado, que todo el aparato fiscal y estatal se ponga al servicio del patrón, y así todo estará perfectamente en el mejor de los mundos posibles.

Este era, pues, el evangelio económico de la burguesía, desprovisto de todo disfraz, y la ciencia de la economía había quedado desnuda hasta el punto de mostrar su verdadera fisonomía. Desde luego, las propuestas de reformas y las sugerencias que la burguesía había hecho a los estados feudales fracasaron tan estruendosamente como todos los intentos históricos de poner vino nuevo en odres viejos. El martillo de la revolución consiguió en veinticuatro horas lo que no se pudo lograr en medio siglo de remiendos. La conquista del poder político puso todos los medios y arbitrios en manos de la burguesía. Pero la economía, igual que todas las teorías filosóficas, legales y sociales del Siglo de las Luces, y antes que todas ellas, fue un método de adquirir conciencia, una fuente de conciencia de clase burguesa. En ese sentido fue un prerrequisito y un acicate para la acción revolucionaria. En sus variantes más remotas la tarea burguesa de remodelar el mundo fue

⁸⁴ **Adam Smith** (1723-1790): economista inglés, máximo representante de la escuela "clásica", autor de **La riqueza de las naciones**.

alimentada por las ideas de la economía clásica. En Inglaterra, durante el apogeo de la lucha por el libre cambio, la burguesía sacaba sus argumentos del arsenal de Smith y Ricardo.⁸⁵ Y para las reformas del período Stein-Hardenburg-Schnarhorst⁸⁶ (en la Alemania posnapoleónica), que constituyeron un intento de volver a darle alguna forma viable a la basura feudal prusiana después de los golpes que recibió de manos de Napoleón en Jena, también tomaban sus ideas de las enseñanzas de los economistas clásicos ingleses: el joven economista alemán Marwitz escribió en 1810 que, después de Napoleón, Adam Smith era el soberano más poderoso de Europa.

Si ahora comprendemos por qué la economía se originó hace apenas siglo y medio, también podemos reconstruir su suerte posterior. Si la economía es una ciencia que estudia las leyes peculiares al modo capitalista de producción, la razón de su existencia y su función están ligadas a su tiempo de vida; la economía perderá su fundamento apenas haya dejado de existir ese modo de producción. En otras palabras, la ciencia de la economía habrá cumplido su misión apenas la economía anárquica del capitalismo haya desaparecido para dar paso a un orden económico planificado y organizado, dirigido sistemáticamente por todas las fuerzas laborales de la humanidad. La victoria de la clase obrera moderna y la realización del socialismo será el fin de la economía como ciencia. Aquí vemos el vínculo especial que existe entre la economía y la lucha de clase del proletariado moderno.

Si es tarea de la economía dilucidar las leyes que rigen el surgimiento, crecimiento y extensión del modo de producción capitalista, se plantea inexorablemente que, para ser coherente, la economía debe estudiar también la decadencia del capitalismo. Igual que los anteriores modos de producción, el capitalismo no es eterno sino una fase transitoria, un peldaño más en la escala interminable del progreso social. Las enseñanzas sobre el surgimiento del capitalismo deben transformarse lógicamente en enseñanzas sobre la caída del capitalismo; la ciencia sobre el modo de producción capitalista se convierte en la prueba científica del socialismo; el instrumento teórico de la instauración del dominio de clase de la burguesía se vuelve un arma de la lucha de clases revolucionaria por la emancipación del proletariado.

⁸⁵ **David Ricardo** (1772-1823): representante inglés de la escuela clásica de la economía política.

⁸⁶ **Heinrich Friederich Karl barón von Stein** (1757-1831): estadista y reformador prusiano. Funcionario del zar hasta la victoria de la coalición antinapoleónica. Inició la emancipación de los siervos y muchas otras reformas en la administración y gobierno locales de Prusia. **Karl A. Furts von Hardenburg** (1750-1822): ministro prusiano que abolió la servidumbre y reformó el Ejército y la educación, completando la obra de Stein y Scharnhorst. **Gerhard Johann David von Scharnhorst** (1755-1813): general que reorganizó el ejército prusiano luego de la paz de Tilsit, en 1807.

Esta segunda parte del problema general de la economía no fue resuelta, desde luego, por los franceses ni los ingleses, ni mucho menos por los sabios alemanes provenientes de la burguesía. Las últimas conclusiones de la ciencia que analiza el modo de producción capitalista fueron extraídas por el hombre que, desde el comienzo, estuvo en la avanzada del proletariado revolucionario: Carlos Marx. Por primera vez el socialismo y el movimiento obrero moderno se asentaron sobre la roca indestructible del pensamiento científico.

El socialismo, en cuanto ideal de orden social basado en la igualdad y fraternidad de todos los hombres, ideal de comunidad comunista, tiene más de mil años. Entre los primeros apóstoles del cristianismo, entre las sectas religiosas de la Edad Media, en las guerras campesinas, el ideal socialista aparecía como la expresión más radical de la revolución contra la sociedad. Pero en cuanto ideal por el cual abogar en todo momento, en cualquier momento histórico, el socialismo era la hermosa visión de unos pocos entusiastas, una fantasía dorada siempre fuera del alcance de la mano, como la imagen etérea de un arco iris en el cielo.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX la idea socialista, libre del frenesí sectario religioso como reacción ante los horrores y devastaciones perpetrados por el capitalismo en ascenso contra la sociedad, apareció respaldada por primera vez por una fuerza real. Pero inclusive en ese momento, el socialismo seguía siendo en el fondo un sueño, el invento de algunas mentes osadas. Si escuchamos a Cayo Graco Babeuf⁸⁷ el primer combatiente de vanguardia en las conmociones revolucionarias desatadas por el proletariado, que quiso con un golpe de mano introducir la igualdad social a la fuerza, veremos que el único argumento en que basa sus aspiraciones comunistas es la flagrante injusticia del orden social existente. En sus artículos y proclamas apasionadas, como en su defensa ante el tribunal que lo sentenció a muerte, denunció implacablemente el orden social contemporáneo. Su evangelio socialista es una denuncia de la sociedad, de los sufrimientos y tormentos, la miseria y la degradación de las masas trabajadoras, sobre cuyas espaldas se enriquece el puñado de ociosos que domina la sociedad. Para Babeuf bastaba con la consideración de que el orden social existente bien merecía perecer; es decir, podría haber sido derribado un siglo antes de su tiempo si hubiera existido un puñado de hombres decididos a tomar el poder estatal para instaurar la igualdad social, tal como los jacobinos en 1793 tomaron el poder político e instauraron la República.

⁸⁷ **Francois Noel Babeuf** (Cayo Graco) (1760-1797): antecesor del socialismo francés. Dirigente de la llamada Conspiración de los Iguales en plena época de la reacción termidoriana durante la Revolución Francesa. Murió en la guillotina.

En las décadas de 1820 y 1830 tres grandes pensadores representaron, con genio y brillo mucho mayores, el pensamiento socialista: Saint-Simón y Fourier⁸⁸ en Francia, Owen⁸⁹ en Inglaterra. Se basaban en métodos totalmente distintos pero, en esencia, en la misma línea de razonamiento que Babeuf. Desde luego que ni uno de estos hombres pensaba siquiera remotamente en la toma revolucionaria del poder para la realización del socialismo. Por el contrario, al igual que todo el resto de la generación posterior a la Gran Revolución, se sentían desilusionados por las convulsiones sociales y políticas, convirtiéndose en firmes partidarios de los medios y propaganda puramente pacifista. Pero el ideal socialista les era común; constituía fundamentalmente un esquema, la visión de una mente ingeniosa que prescribe su realización a una humanidad sufriente para rescatarla del infierno del orden social burgués.

Así, a pesar de todo el poder de su crítica y la magia de sus ideales futuristas, las ideas socialistas no influenciaron en forma notable los verdaderos movimientos y luchas de su tiempo. Babeuf pereció con un puñado de amigos en la oleada contrarrevolucionaria, sin dejar más rastro que una estela luminosa en las páginas de la historia revolucionaria. Saint-Simón y Fourier fundaron pequeñas sectas de partidarios entusiastas y talentosos quienes - luego de sembrar ideas ricas y fértiles en ideales sociales, crítica y experimentos— se separaron en busca de mejor fortuna. De todos ellos fue Owen quien más atrajo a la masa proletaria, pero después de agrupar a un sector elitista de obreros ingleses entre 1830 y 1840 su influencia también desaparece sin dejar rastros.

En 1840 surgió una nueva generación de dirigentes socialistas: Weitling⁹⁰ en Alemania, Proudhon, Louis Blanc,⁹¹ Blanqui en Francia. La clase obrera comenzaba a luchar contra la garra del capital; la insurrección de los obreros textiles de la seda de Lyon y el movimiento

⁸⁸ **Claude Henri Saint-Simón** (1760-1825): socialista utópico francés. **François Marie Charles Fourier** (1772-1837): socialista utópico y crítico del capitalismo francés.

⁸⁹ **Robert Owen** (1771-1858): empresario inglés, socialista utópico. Intentó una experiencia cooperativa en sus empresas.

⁹⁰ **Wilhelm Weitling** (1808-1871): primer escritor alemán proletario, colaborador de Blanqui. Socialista utópico igualitario.

⁹¹ **Pierre-Joseph Proudhon** (1809-1865): socialista utópico francés que ideó una sociedad basada en el cambio entre productores independientes. Consideraba al Estado menos importante que los talleres que, según él, lo reemplazarían. Autor de **Filosofía de la miseria**, trabajo con el que polemizó Marx en su **Miseria de la filosofía**. **Louis Blanc** (1811-1862): socialista francés. Participó en el gobierno instaurado por la revolución de febrero de 1848. Adversario de la Comuna de París.

Cartista⁹² de Inglaterra iniciaron la lucha de clases. Sin embargo no existía un vínculo directo entre los movimientos espontáneos de las masas explotadas y las distintas teorías socialistas. Las masas proletarias insurgentes no se planteaban objetivos socialistas, ni los teóricos socialistas trataban de basar sus ideas en las luchas políticas de la clase obrera. Su socialismo sería instaurado mediante algunos artificios astutos, tales como el Banco Popular de Proudhon o las asociaciones productoras de Louis Blanc. El único socialista para quien la lucha política era un medio para la realización de la revolución social era Blanqui; esto lo convierte en el único verdadero representante del proletariado y de sus intereses de clase revolucionarios de la época. Pero en lo fundamental su socialismo era un esquema realizable a voluntad, fruto de la férrea decisión de una minoría revolucionaria y resultado de un golpe de Estado repentino perpetrado por dicha minoría.

El año 1848 iba a ser el apogeo y también el momento crítico para el viejo socialismo en todas sus variantes. El proletariado de París, influenciado por la tradición de luchas revolucionarias anteriores, agitado por los distintos sistemas socialistas, adoptó con pasión algunas nociones vagas sobre un orden social justo. Derrocada la monarquía burguesa de Luis Felipe,⁹³ los obreros parisinos utilizaron la relación de fuerzas favorable para exigir la instauración de una “república social” y una nueva “división del trabajo” a la burguesía aterrorizada. El gobierno provisional recibió el célebre periodo de gracia de tres meses para cumplir con esas demandas; durante tres meses los obreros pasaron hambre y aguardaron, mientras la burguesía y la pequeña burguesía se armaban secretamente y se preparaban para aplastar a los obreros. El periodo de gracia terminó con la memorable masacre de junio en la que el ideal de la “república social”, realizable en cualquier momento, quedó ahogado en la sangre del proletariado parisino. La Revolución de 1848 no instauró la igualdad social sino más bien la dominación política de la burguesía y un incremento sin precedentes de la explotación capitalista bajo el Segundo Imperio.

Pero a la vez que el socialismo de viejo cuño parecía enterrado definitivamente bajo las barricadas destrozadas de la Insurrección de Junio, Marx y Engels colocaron la idea socialista sobre bases enteramente nuevas. Ninguno de los dos buscó argumentos a favor del socialismo en la depravación moral del orden social existente ni intentó introducir de

⁹² **Cartismo:** gran movimiento de las masas inglesas que comenzó en 1838 y culminó a mediados de la década de 1850. Luchaba por la democracia política y la igualdad social. Asumió proporciones casi revolucionarias. Su eje era un programa (Carta) por el sufragio universal y otras reformas políticas democráticas, elaborado por la Asociación Obrera Londinense.

⁹³ **Luis Felipe** (1773-1850): rey de Francia, entronizado por la revolución de julio de 1830 y derrocado por la de febrero de 1848.

contrabando la igualdad social mediante ardidés nuevos e ingeniosos. Se dedicaron al estudio de las relaciones económicas que se establecen en la sociedad. Allí, en las leyes de la anarquía capitalista, Marx descubrió la base de las aspiraciones socialistas. Los economistas clásicos franceses e ingleses habían descubierto las leyes de la vida y el crecimiento de la economía capitalista; Marx retomó su trabajo medio siglo después, partiendo de donde ellos habían abandonado. Descubrió cómo las mismas leyes que regulan la economía actual preparan su caída, mediante la anarquía creciente que hace peligrar cada vez más a la sociedad misma, forjando una cadena de catástrofes políticas y económicas devastadoras. Marx demostró que las tendencias inherentes al desarrollo capitalista, llegado cierto punto de madurez, hacen necesaria la transición a un modo de producción planificado, organizado conscientemente por toda la fuerza trabajadora de la humanidad, para que la sociedad y civilización humanas no perezcan en las convulsiones de la anarquía incontrolada. Y el capital acerca esta hora fatal a velocidad acelerada, movilizándolo a sus futuros sepultureros, los proletarios, en número creciente, extendiendo su dominación a todos los países del globo, instaurando una economía mundial caótica y sentando las bases para la solidaridad del proletariado de todos los países en un solo poder revolucionario mundial que barrerá el dominio de clase del capital. El socialismo dejó de ser un esquema, una bonita ilusión o un experimento realizado en cada país por grupos de obreros aislados, cada uno librado a su propia suerte. Programa político de acción común para todo el proletariado internacional, el socialismo se vuelve una *necesidad histórica* resultado del accionar de las propias leyes del desarrollo capitalista.

Debe resultar claro a esta altura por qué Marx ubicó su concepción fuera de la esfera de la economía oficial y la intituló *Crítica de la economía política*. Las leyes de la anarquía capitalista y de su colapso inevitable, desarrolladas por Marx, son la continuación lógica de la ciencia de la economía tal como la crearon los economistas burgueses, pero una continuación cuyas conclusiones finales son el polo opuesto del punto de partida de los sabios burgueses. La doctrina marxista es hija de la economía burguesa, pero su parto le costó la vida a la madre. En la teoría marxista la economía llegó a su culminación, pero también a su muerte como ciencia. Lo que vendrá -además de la elaboración de los detalles de la teoría marxista- es la metamorfosis de esta teoría en acción, es decir, la lucha del proletariado internacional por la instauración del orden económico socialista. La consumación de la economía como ciencia es una tarea histórica mundial: su aplicación a la organización de una economía mundial planificada. El último capítulo de la economía será la revolución social del proletariado mundial.

El vínculo especial entre la economía y la clase obrera moderna es una relación recíproca. Si, por una parte, la ciencia de la economía, perfeccionada por Marx, es más que cualquier otra ciencia la base indispensable para el esclarecimiento del proletariado, entonces el proletariado con conciencia de clase es el único auditorio capaz de comprender las enseñanzas de la economía científica. Contemplando las ruinas de la vieja sociedad feudal, los Quesnay y Boisguillebert⁹⁴ de Francia, los Ricardo y Adam Smith de Inglaterra volvieron sus ojos con orgullo y entusiasmo al joven orden burgués, y con fe en el milenio de la burguesía y su armonía social “natural”, sin el menor temor, permitieron que sus ojos de águila penetraran en las profundidades de las leyes económicas del capitalismo.

Pero el impacto creciente de la lucha de la clase proletaria, sobre todo la Insurrección de Junio del proletariado de París, destruyó hace mucho la fe de la sociedad burguesa en su propio dios. Desde que comió del árbol de la sabiduría y supo de las modernas contradicciones de clase, la burguesía aborrece la clásica desnudez con la que los creadores de su propia economía política la pintaron para que estuviese a la vista de todos. La burguesía ganó conciencia del hecho de que los voceros del proletariado moderno habían forjado sus armas mortíferas en el arsenal de la economía política clásica.

Así resulta que durante décadas no es sólo la economía socialista la que ha estado hablando a los oídos sordos de las clases poseedoras. La economía burguesa, en la medida en que fue alguna vez una verdadera ciencia, ha hecho lo mismo. Incapaces de comprender las enseñanzas de sus grandes antepasados, menos capaces aun de aceptar las enseñanzas del marxismo, que surgen de aquéllas y además anuncian la muerte de la sociedad burguesa, los profesores burgueses nos sirven un guisado desabrido hecho de las sobras de una mezcolanza de conceptos científicos y frases huecas intencionadas, sin el menor intento de explorar las verdaderas tendencias del capitalismo. Por el contrario, tratan de levantar una cortina de humo para defender al capitalismo como el mejor de todos los órdenes sociales y el único viable.

Olvidada y desechada de la sociedad burguesa, la economía científica puede encontrar oyentes solamente entre los proletarios con conciencia de clase; no sólo comprensión teórica, sino también acción concomitante. La famosa frase de Lassalle se aplica en primer lugar a la economía: “Cuando la ciencia y los trabajadores, polos opuestos de la sociedad, se abracen, aplastarán en su abrazo todos los obstáculos sociales.”

⁹⁴ **Francois Quesnay** (1694-1744): fisiócrata francés, el primero en intentar una descripción sistemática de la estructura económica capitalista en su **Tableau économique** (1758). **Pierre le Pesant, Sieur de Boisguillebert** (1646-1714): economista francés de la escuela clásica de la economía política burguesa.